

ocupaban exclusivamente de la cuestion de la felicidad, proponiéndose extraer de la sociedad el bienestar del hombre.

Elevaban las cuestiones materiales de agricultura, industria y de comercio casi hasta la dignidad de una religion.

Estos hombres, que se agrupaban bajo distintas denominaciones, pueden designarse todos con el nombre genérico de socialistas. Sus trabajos lo abrazan todo; desde la cuestion del patíbulo hasta la cuestion de la guerra. Al derecho del hombre, que proclamó la Revolucion francesa, añadieron el derecho de la mujer y el derecho del niño.

Nadie debe extrañar que no tratemos aquí á fondo, bajo el punto de vista teórico, las cuestiones que promovió el socialismo. Nos limitaremos á indicarlas.

Todos los problemas que los socialistas se proponian pueden reducirse á los dos principales, haciendo caso omiso de las visiones cosmogónicas, de los delirios y del misticismo.

Primer problema: Produccion de la riqueza.

Segundo problema: Distribucion de la riqueza.

El primer problema implica la cuestion del trabajo; el segundo la cuestion del salario. En el primer problema se trata del empleo de las fuerzas; en el segundo de la distribucion de los goces.

Del buen empleo de las fuerzas resulta el poder público.

De la buena distribucion de los goces resulta la felicidad individual.

Por buena distribucion debe entenderse, no la distribucion igual, sino la equitativa. La primera igualdad es la equidad.

De la combinacion del poderío público en el exterior y de la felicidad individual en el interior nace la prosperidad social.

Prosperidad social quiere decir hombre feliz, ciudadano libre, nacion grande.

La Inglaterra es la que resuelve el primero de los dos problemas. Produce admirablemente la riqueza, pero la distribuye mal, y esta solucion, completa solo por un lado, la arrastra fatalmente á estos dos extremos; á la opulencia monstruosa y á la pobreza monstruosa; á que disfruten los goces algunos y sufran todas las privaciones los demás; los demás, es decir, el pueblo, naciendo de esta manera del mismo trabajo el privilegio, la excepcion, el monopolio y el feudalismo. Situacion falsa y peligrosa, porque asienta al poder público sobre la

miseria particular, y funda la grandeza del Estado en los padecimientos del individuo.

El comunismo y la ley agraria creen resolver el segundo problema, pero se engañan: su reparticion mata la produccion; la distribucion igual mata la emulacion y por consiguiente el trabajo. No debe, pues, hacerse hincapié en estas falsas soluciones: matar la riqueza no es repartirla.

Para resolver bien los dos problemas necesitan una solucion comun: deben combinarse las dos soluciones de modo que formen una sola.

Resolviendo solo el primer problema nos dá por resultado á Venecia ó á Inglaterra; Venecia es un poder artificial, Inglaterra un poder material: obtendremos el mal del rico y moriremos por vias de hecho, como ha muerto Venecia, ó por medio de una bancarrota, como caerá Inglaterra. El mundo nos dejará morir y caer; porque el mundo deja que caiga y que muera todo lo que no encierra más que egoismo, todo lo que no representa para el género humano una virtud ó una idea.

Entiéndase aquí que al decir Venecia, Inglaterra, designamos, no los pueblos, sino las construcciones sociales, la oligarquía que se sobrepone á la nacion, no á la nacion. Las naciones todas merecen nuestro respeto y nuestra simpatía. Venecia, como pueblo, renacerá; Inglaterra, como aristocracia, caerá; pero Inglaterra como nacion es inmortal.

El socialismo decia: "Resolved estos dos problemas: animad al rico y protegéd al pobre; suprimid la miseria; terminad la explotacion del débil por el fuerte; ajustad matemática y fraternalmente el salario al trabajo; combinad la enseñanza gratuita y obligatoria con el crecimiento de la niñez y haced de la ciencia la base de la virilidad; desarrollad las inteligencias á la par que ocupais los brazos; democratizad la propiedad, no aboliéndola, sino universalizándola; en una palabra, aprended á producir y á distribuir la riqueza, y alcanzareis á un mismo tiempo la grandeza material y la grandeza moral."

Esto es, dejando aparte las utopias de algunas sectas que se extraviaban, lo que decia el socialismo.

Admirables esfuerzos! ¡Sagradas tentativas!

Preocupaban casi dolorosamente á Luis Felipe esas doctrinas, esas teorías, esas resistencias; la inesperada necesidad

que tenia el hombre de Estado de contar con los filósofos; la política nueva que era preciso crear, que estuviera algo de acuerdo con el mundo antiguo sin estar desacorde con el ideal revolucionario; su situacion, que le obligaba á emplear á Laffayette y á defender á Polignac; la intuicion del progreso, que veia transparente, tras el motin de las Cámaras y en las calles, las competencias que tenia que equilibrar á su alrededor; su fé en la revolucion, el deseo de ser como los de su raza, su espíritu de familia, su sincero respeto al pueblo y su propia honradez. Todas estas complicaciones contradictorias, por fuerte y animoso que fuese Luis Felipe, le abatian, haciéndole ver la dificultad de ser rey.

Sentia bajo sus piés verificarse terrible disgregacion, que sin embargo no era desmoronamiento, porque Francia era Francia como nunca.

Tenebrosos nubarrones cubrian el horizonte. Extraña sombra, que iba aproximándose, se extendia poco á poco sobre los hombres, sobre las cosas y sobre las ideas; sombra que provenia de la cólera y de los sistemas. Todo lo ahogado con precipitacion se removia y fermentaba. La conciencia del hombre honrado retenia algunas veces la respiracion, pues daba malestar aquel aire en que los sofismas se mezclaban con las verdades. Temblaban los espíritus en aquella ansiedad social como las hojas cuando se aproxima la tempestad. La tension eléctrica era tal, que á veces un cualquiera, un desconocido, iluminaba, pero despues quedaba la oscuridad crepuscular. A veces, profundos y sordos murmullos podian hacer juzgar de la intensidad del rayo que encerraba la nube.

Apenas habian transcurrido veinte meses desde la revolucion de Julio y el año 1832 aparecia ya con aspecto amenazador.

Al oscuro rumor de las ideas se unia el sombrío tumulto de los acontecimientos: la miseria del pueblo; el último príncipe de Condé desaparecido en las tinieblas; Bruselas expulsando á los Nassau, como Paris á los Borbones; la Bélgica ofreciéndose á un príncipe francés y entregada á un príncipe inglés; el odio ruso de Nicolás contra los franceses; dos demonios en el Mediodía, Fernando en España y Miguel en Portugal; la tierra temblando en Italia; Metternich extendiendo la mano sobre Polonia; Francia afrontando al Austria; en el Norte oyéndose el ruido siniestro del martillo que

remachaba los clavos del ataud de Polonia; las miradas irritadas de Europa acechando á la Francia; Inglaterra dispuesta á empujar lo que iba á caer y á arrojarse sobre lo que hubiera caido; las flores de lis borradas del coche del rey; la cruz arrancada de Nuestra Señora; Laffayette decaido; Laffitte arruinado; Benjamin Constant muerto en la indigencia; Casimiro Perier muerto por el aniquilamiento del poder; la enfermedad política y la social declarándose á la vez en dos capitales de Francia, en la ciudad del pensamiento y en la ciudad del trabajo; en Paris la guerra civil y en Lyon la guerra servil; el Mediodía fanatizado; turbado el Occidente; la duquesa de Berry en la Vendée; los complots, las conjuraciones, los levantamientos y el cólera.

V.

Hechos históricos que la historia ignora.

Hacia fines de Abril el estado social de Francia se habia agravado; la fermentacion se convirtió en ebullicion. Desde 1830, las pequeñas conmociones parciales presentadas se reprimieron con facilidad, pero renacian en seguida, lo que era señal de vasta conflagracion subsistente. Se entreveian los lineamientos confusos de una revolucion posible.

Francia miraba á Paris, y Paris miraba al barrio de San Antonio; porque dicho barrio, sordamente caldeado, entraba en ebullicion.

Las tabernas de la calle de Charonne se presentaban graves y tempestuosas, aunque parezca singular la aplicacion á las tabernas de esos dos adjetivos unidos. En ellas no se hablaba de otra cosa que del gobierno; discutíase la *cosa pública, para combatir ó para permanecer tranquilos*. En algunas trastiendas se hacia jurar á los obreros que se echarian á la calle al primer grito de alarma y que pelearian con los enemigos sin contar el número. Despues que aceptaban este compromiso, un hombre, que estaba sentado en un rincon de la taberna, levantaba la voz y les decia:—*Ya sabes, pues, que lo has jurado*. Algunas veces se subian al primer piso, se cerraban en un cuarto y allí se verificaban escenas casi masónicas. Se hacia prestar al iniciado juramento, *para socorrerle como á los padres de familia*. Esta era la fórmula.

En las salas bajas se leian libros "subversivos". *Trataban al gobierno á lati-*

gazos, dice un informe secreto de aquel tiempo.

Se oían frases como las siguientes: *No sé los nombres de los jefes; sabremos el día con dos horas de anticipación. Somos trescientos; demos cada uno medio franco y reuniremos ciento cincuenta francos para comprar balas y pólvora. No dentro de seis meses, ni de dos; antes de quince días nos pondremos frente á frente del gobierno. No me acuerdo porque paso la noche haciendo cartuchos.* De tiempo en tiempo algunos hombres "decentemente vestidos," llegaban dándose importancia, y con aire de mando daban apretones de manos á los más principales, y luego se iban, sin pasar allí nunca más de diez minutos. Se cambiaban en voz baja estas palabras significativas: *El complot está maduro; la cosa está á punto.* Todos los que estaban allí repetían lo mismo con diferentes frases. La exaltación llegó á tal punto, que un día exclamó un obrero en medio de la taberna:—*No tenemos armas!* Uno de sus compañeros respondió:—*¡Los soldados las tienen!* parodiando de este modo, sin él saberlo, la proclama de Bonaparte al ejército de Italia.

A veces las reuniones eran periódicas, y á algunas de éstas solo asistían ocho ó diez y siempre los mismos. En otras entraba el que quería, y la sala se llenaba de tal modo, que los concurrentes tenían que estar en pié. Unos asistían por entusiasmo y por pasión y otros porque éste era su camino para ir al trabajo. Como en la revolución, acudían á estas tabernas mujeres patriotas que abrazaban á los neófitos.

También se observaban otros hechos expresivos. Un hombre entró en una de las tabernas, bebió y se marchó diciendo:—*Tabernero, la revolución te pagará lo que te debo.*

En una taberna situada enfrente de la calle de Charonne se elegían agentes revolucionarios, y el escrutinio se hacía en las gorras.

Otros obreros se reunían en casa de un maestro de esgrima que tenía asaltos en la calle de Cotte; allí había un trofeo de armas formado con espadas de madera, con estoques, garrotes y floretes. Un día quitaron los botones á los floretes y dijo un obrero:—*Somos veinticinco, pero no cuentan conmigo, porque me tienen por una máquina.* Esta máquina fué despues Qué-nisset.

Lo que se premedita vá tomando poco á poco extraña notoriedad. Una mujer, mientras barría la puerta, decía á otra:

Hace mucho tiempo que trabajan sin descansar haciendo cartuchos.

Se leían en las esquinas de las calles proclamas dirigidas á la Guardia nacional de los departamentos. Una de estas proclamas la firmaba *Burtot, vinatero.*

Un día, á la puerta de un licorista del mercado Lenoir, un hombre con barba corrida y con acento italiano se subió á un guardacanton y leyó en voz alta un escrito singular que parecía proceder de un poder oculto. Los grupos que se formaron á su alrededor le aplaudían, y los pasajes que más conmovieron á la multitud se recogieron y se anotaron.—*"... Persiguen nuestras doctrinas, hacen pedazos nuestras proclamas, acechan á nuestros carteleros y los cierran en la cárcel..."*—*"La baja que acaban de experimentar los algodones nos ha traído á muchos partidarios del justo medio..."*—*"El porvenir de los pueblos se elabora en nuestras escondidas filas..."*—*"... Hé aquí la cuestión clara: acción ó reacción, revolución ó contrarrevolución. En nuestra época no se cree ya en la inercia ni en la inmovilidad. Por el pueblo ó contra el pueblo; no hay más cuestión que ésta..."*—*"El día que no os convengamos, rechazados, pero hasta entonces ayudados á marchar..."*—*"Todo esto se pregonaba en medio de la calle.*

Otros hechos, por su misma audacia, causaban sospechas al pueblo. El 4 de Abril de 1832, un transeunte subía en el guardacanton que está á la esquina de la calle de Santa Margarita y gritaba: *Soy babonista!*, pero bajo la máscara de Babeuf el pueblo descubría la punta de la oreja de Gisquet.

Entre otras cosas, ese transeunte decía:—*"Abajo la propiedad! La oposición de la izquierda es infame y traidora; cuando quiere tener razón, predica la revolución; es demócrata para que no la ataquemos y realista para no combatir. Los republicanos son animales de pluma; desconfiad de ellos, ciudadanos trabajadores."*

—*Silencio, ciudadano polizonte! le gritó resueltamente un obrero. El grito le hizo terminar el discurso.*

Sucedían algunos incidentes misteriosos.

Al anochecer un obrero encontraba cerca del canal á un hombre "bien vestido," que le decía:

—*¿A dónde vas, ciudadano?*

—*Señor, le respondía el obrero, no tengo el honor de conoceros.*

—*Yo sí que te conozco: nada temas.*

Soy el agente del comité. Se sospecha que no eres muy fiel; se cree que descubres algo y te vigilan.

Despues le daba un apretón de manos al obrero y se marchaba diciendo:

—*Pronto nos volveremos á ver.*

La policía, expiando, recogía, no solo en las tabernas, sino también en las calles, extraños diálogos.

—*Haz que te reciban pronto, decía un tejedor á un ebanista.*

—*Por qué?*

—*Porque habrá que andar á tiros.*

Dos transeuntes haraposos cambiaban entre sí estas palabras:

—*¿Quién nos gobierna?*

—*El señor Felipe.*

—*No; la clase media.*

Otras veces pasaban dos hombres y se decía uno á otro:

—*Tenemos excelente plan de ataque.*

De una conversacion íntima entre cuatro hombres, que estaban acurrucados en una zanja de la rotonda de la barrera del Trono, solo se pudo oír lo siguiente:

—*Se hará lo posible para que él no se pasee ya por París.*

¿Quién era este él?... Incomprensibilidad amenazadora.

"Los principales jefes," como se decía en el barrio, estaban entre bastidores, y se creía que se reunían para ponerse de acuerdo en una taberna situada cerca de la puerta de San Eustaquio.

Un carpintero que en la calle de Reuilly estaba clavando las tablas de una empalizada, alrededor de un terreno en el que se elevaba una casa en construcción, encontró en él un pedazo de carta rota, en donde se podían aun leer estas palabras:

—*"Es preciso que el comité tome medidas para impedir el reclutamiento en las secciones para las diversas sociedades..."*

Se leía también en una postdata:

—*"Hemos sabido que había un depósito de fusiles en la calle del Faubourg-Poissonniere, núm. 5, duplicado, unos cinco ó seis mil fusiles en casa de un armero. La sección no posee armas..."*

Pero lo que asustó al carpintero y le impulsó á enseñar la carta á los vecinos fué el recoger también allí otro papel roto y más significativo aun, cuya configuración reproducimos por el interés histórico que encierran estos extraños documentos:

Q.	C.	D.	E.	
				Aprended esta lista de memoria y rompela despues. Los iniciados harán lo mismo cuando les transmitais órdenes. Salud y fraternidad.
				L.
				u og a ^l . fé.

Los que estuvieron en el secreto de este hallazgo no comprendieron, hasta mucho tiempo despues, la significacion de las cuatro letras mayúsculas: *quinturiones, centuriones, decuriones, exploradores*, ni el sentido de las letras minúsculas *u og a^l. fé*, que indicaban una fecha, la del 15 de Abril de 1832. En la columna de cada mayúscula estaban inscritos nombres, acompañados de indicaciones características. Por ejemplo:

Q.—*Baumerel. 8 fusiles. 83 cartuchos. Hombre seguro.*

C.—*Bonviere. 1 pistola. 40 cartuchos.*

D.—*Rollet. 1 florete. 1 pistola. 1 libra de pólvora.*

E.—*Teissier. 1 sable. 1 canana. Exacto. Terruer. 8 fusiles. Valiente, etc. etc.*

El carpintero encontró también en el recinto de la empalizada un tercer papel, en el que estaba escrita con lápiz la enigmática lista siguiente:

—*Unidad. Blanchard: Arbol-seco. 6.*

—*Barra. Soize, Sala del Conde.*

—*Kosciusko. ¿Aubry el Carnicero?*

—*J. J. R.*

—*Cayo Graco.*

—*Derecho de revision. Dufond, Four.*

—*Caida de los Girondinos. Derbal. Maubué.*

—*Washington. Pinson. 1 pistola. 86 cartuchos.*

—*Marsellesa.*

—*Soberanía del pueblo. Miguel. Quincampoix. Sable.*

—*Hoche.*

—*Marcelo. Platon. Arbol-seco.*

—*Varsovia. Tilly, vendedor de El Popular."*

El honrado ciudadano, en cuyas manos cayó esta lista, supo al fin su significacion. Era, sin duda, la nomenclatura completa de las secciones del cuarto distrito de la Sociedad de los Derechos del hombre, con los nombres y los domicilios de los jefes de seccion. Hoy pueden ya publicarse estos hechos casi ignorados; es preciso, sin embargo, añadir que la fundacion de la Sociedad de los Derechos del hombre parece que fué posterior á la fecha en que se encontró el indicado pa-

pel. Entonces solo existiría el bosquejo de la Sociedad.

Tras las palabras, los indicios y los propósitos, empezaron á despuntar los hechos materiales.

En la casa de un prendero de la calle de Popincourt se encontraron, en el cajon de una cómoda, siete pliegos de papel gris, todos doblados á lo largo y en cuatro dobleces; los pliegos contenian veintiseis cuadrados del mismo papel gris, en forma de cartucho, y una tarjeta en la que se leia:

Salitre.	12 onzas.
Azufre.	2 id.
Carbon.	2 y 1/2
Agua.	2

En la diligencia de embargo se hizo constar que el cajon exhalaba fuerte olor de pólvora.

Un albañil, al volver á casa despues del trabajo, se dejó olvidado en un banco, cerca del puente de Austerlitz, un paquetito; se apoderaron de él, le llevaron al cuerpo de guardia, le abrieron y encontraron dos diálogos impresos, firmados por *Lahautiere*, una cancion titulada *Obreros, asociados*, y una caja de lata llena de cartuchos.

En una zanja en el camino de la ronda, entre el cementerio del Padre Lachaise y la barrera del Trono, jugando unos chicos en el sitio más desierto descubrieron, debajo de un monton de virtas y de mondaduras, un saco, que contenia un molde para hacer balas, otro molde de madera para hacer cartuchos, una cazuela con granos de pólvora de caza y una marmita pequeña de hierro, cuyo interior presentaba evidentes señales de plomo fundido.

Un sugeto, llamado Gallais, que lo mataron en la calle Beaubourg cuando los sucesos de Abril, se jactaba públicamente de tener en su casa setecientos cartuchos y veinticuatro piedras de fusil.

El gobierno recibió un dia el aviso de que se acababan de distribuir armas en el arrabal y doscientos mil cartuchos. La semana siguiente se repartieron treinta mil y la policia no pudo recoger ni uno. Una carta que ésta interceptó decia: "Está próximo el dia en que á las ocho estén sobre las armas ochenta mil patriotas."

La fermentacion era pública, pero casi tranquila. La inminente insurreccion preparaba con calma la tempestad frente á frente del gobierno. Ninguna singularidad faltaba á esta crisis, subterránea

todavía, pero perceptible ya. Los ciudadanos, ocupándose de ella, preguntaban pacíficamente:—¿Cómo vá la insurreccion? del mismo modo que si les preguntasen: ¿Cómo está vuestra mujer?

Un almacenista de muebles de la calle Moreau preguntaba á un trabajador:—¿Cuándo atacais?

Un comerciante decia á un obrero:—¿Sé que atacareis muy pronto. Hace un mes érais quince mil; ahora sois veinticinco mil.

Ofrecia su fusil, y un vecino suyo un cachorrillo que queria vender por siete francos.

La fiebre revolucionaria iba ganando terreno. No habia punto en Paris ni en Francia que estuviese libre de ella. La arteria latia en todas partes. Como las membranas que nacen en ciertas inflamaciones y se forman en el cuerpo humano, empezaba á extenderse por el pais la red de las sociedades secretas.

De la Asociacion de los Amigos del pueblo, que era á un tiempo pública y secreta, nacia la Sociedad de los Derechos del hombre, que fechaba de este modo una orden del dia: *Pluvioso, año 40 de la era republicana*, la que debia sobrevivir á las sentencias de los tribunales que ordenaron su disolucion, y la que daba á sus secciones nombres tan significativos como éstos:

Picas.
Somatén.
Cañon de Alarma.
Gorro frigio.
21 de Enero.
Mendigos.
Truhanes.
Adelante.
Robespierre.
Nivel.
Se conseguirá.

La Sociedad de los Derechos del hombre engendró la Sociedad de Accion, que se componia de los impacientes que se separaban para ir más de prisa. Otras sociedades se reclutaban de las sociedades matrices. Los seccionarios se quejaban de verse atraidos en todas direcciones. De aquí nacieron "la Sociedad Francia," y el Comité organizador de las Municipalidades," las asociaciones para la libertad de la prensa, para la libertad individual, para la instruccion del pueblo, contra los impuestos directos, la sociedad de los obreros igualadores, etcétera etc.

Las sociedades parisienses tenian ramificaciones en las principales ciudades,

Lyon, Nantes, Lila, Marsella, tenian su Sociedad de los Derechos del hombre, la Carbonaria y los Hombres libres. En Aix habia una sociedad revolucionaria que se llamaba la *Cougourde*.

En Paris el arrabal de San Marcelo no estaba menos conmovido que el de San Antonio, y las escuelas no mostraban menos entusiasmo que los arrabales.

La agrupacion de los estudiantes se reunia en un café de la calle de San Jacinto y en el fumadero de los Siete Billares de la calle de los Maturinos de Santiago. La Sociedad de los Amigos del A. B. C., que estaba afiliada á los naturalistas de Angers y á la *Cougourde* de Aix, se reunia, como ya dijimos, en el café Musain. Estos jóvenes se juntaban tambien algunas veces en una hosteria, cerca de la calle Mondetour, que se llamaba Corinto. Generalmente estas reuniones eran secretas, pero algunas veces eran lo más públicas posible, y puede juzgarse de su audacia por el siguiente trozo de un interrogatorio de uno de los procesos ulteriores:—¿Dónde se celebró esa reunion?—En la calle de la Paz.—¿En qué casa?—En la calle.—¿Qué secciones asistieron?—Una sola.—¿Cuál?—La seccion Manuel.—¿Quién era el jefe de ella?—Yo.—¿Sois demasiado joven para haber cargado con la responsabilidad de atacar al gobierno. ¿De dónde recibiais instrucciones?—Del comité central.

El ejército estaba minado tambien, como despues lo probaron los movimientos de Belfort, de Lunneville y de Epinal. Estaban comprometidos los regimientos 52.º, 5.º, 8.º, 37.º y el 20.º ligero. En Borgoña y en las ciudades del Mediodia se plantaba *el árbol de la libertad*, es decir, un mástil con un gorro frigio.

Tal era la situacion.

El arrabal de San Antonio, como dijimos al principio, hacia terrible y caracterizaba la situacion más que ningun grupo de la capital. Dicho arrabal, poblado como un hormiguero, laborioso, animado y colérico como una colmena, se extremecia esperando y ansiando la conmocion. Se agitaba extraordinariamente, pero sin interrumpir su trabajo. No es posible formarse idea del sombrío aspecto de su fisonomia; en dicho arrabal existen dolorosas miserias bajo el techo de las buhardillas, y tambien inteligencias ardientes y raras; y en materia de desgracia y de inteligencia es lo más peligroso que los extremos se toquen.

El arrabal de San Antonio tenia, además, otras causas para conmovirse, como son la de resentirse de la reaccion de las crisis comerciales, de las quiebras, de la carestia y de la falta de trabajo, causas inherentes á los grandes sucesos políticos. En épocas de revolucion la miseria es á la vez causa y efecto. El golpe que dá la hiere. Esa parte de la poblacion, dotada de alta virtud, capaz del mayor grado de calórico latente, dispuesta siempre á tomar las armas y á las explosiones, irritada y minada, parecia que solo esperaba que brotase una chispa.

En cuanto brotan en el horizonte algunos resplandores que impulsa el viento de los sucesos, es preciso pensar en el arrabal de San Antonio y en la fatalidad que colocó en las puertas de Paris aquel polvorin de padecimientos y de ideas.

Las tabernas del arrabal de San Antonio tienen celebridad histórica; en épocas revolucionarias embriagan en ellas más las palabras que el vino. Una especie de espíritu profético, un efluvio del porvenir llena los corazones y engrandece las almas. Las tabernas de dicho arrabal se parecen á las tabernas del Monte Aventino, que se edificaron sobre el antro de la Sibila y que se comunicaban con los profundos soplos sagrados; tabernas cuyas mesas casi son trípodes, y en las que se bebia lo que Ennio llamaba *el vino sibilino*.

El arrabal de San Antonio es un estanque en el que está contenido el pueblo: la conmocion revolucionaria abre en él grietas por las que corre la soberanía popular. Esta soberanía puede producir daño y engañarse, pero es grande hasta cuando se equivoca. Puede decirse de ella como del ciclope ciego: *Ingens*.

En 1793, segun la idea que flotaba era buena ó mala, segun era la luz del fanatismo ó del entusiasmo, partian del Arrabal de San Antonio, ya legiones salvajes, ya falanges heroicas. Hemos dicho salvajes y vamos á explicar esta palabra. ¿Qué es lo que querian los hombres de cabello erizado que en los dias genesiacos del caos revolucionario se lanzaron aullando contra el Paris viejo y trastornado? Querian el fin de la opresion, el fin de la tiranía, el fin del sable, el trabajo para el hombre, la instruccion para el niño, la dulzura social para la mujer, la libertad, la igualdad y la fraternidad, el pan para todos, la idea para todos, el progreso; y lo reclamaban ter-

riblemente, medio desnudos, con la maza en la mano y el rugido en la boca. Eran los salvajes de la civilización.

Proclamaban el derecho con fúria; querían obligar al género humano á entrar en el paraíso, aunque fuese por medio del terror y del espanto.

Frente á esos hombres feroces y salvajes, pero feroces para conseguir el bien, existen otros hombres risueños, bordados, con medias de seda, plumas blancas, guantes amarillos y botas de charol, que, apoyándose de codos sobre una mesa cubierta con tapete de terciopelo, junto á una chimenea de mármol, insisten templadamente en la conservación y permanencia del pasado, de la Edad Media, del derecho divino, del fanatismo, de la ignorancia, de la esclavitud, de la pena de muerte, de la guerra, y que glorifican en voz baja y con finura el sable, la hoguera y el patíbulo. Si nos viéramos obligados á elegir entre los bárbaros de la civilización y los civilizados de la barbarie, escogeríamos á los bárbaros.

Gracias á Dios no nos encontramos en esa terrible alternativa; no necesitamos ninguna caída vertical, ni hácia adelante ni hácia atrás. Ni despotismo ni terrorismo. Queremos ir al progreso por suave pendiente.

Dios se encarga de esto. Suavizar las pendientes constituye la política divina.

A. Cantu Fauquier

Enjolras y sus tenientes.

En esta época Enjolras, que preveía los sucesos posibles, hizo misterioso recuento de sus amigos.

Estaban reunidos en conciliábulo en el café Musain, y Enjolras, entre metáforas enigmáticas y significativas, dijo lo siguiente:

—Conviene saber dónde estamos y con quién se puede contar. Si se quiere tener combatientes es preciso procurárseles. Tener con qué herir no puede estorbar. Los que andan por un camino tienen más peligro de recibir alguna cornada cuando hay en él toros que cuando no los hay. Contemos, pues, el rebaño. Debemos saber cuántos somos, sin dejar esto para mañana. Las revoluciones deben siempre tener prisa, porque el progreso no debe perder tiempo. Desconfiemos de lo inesperado y que no nos pille desprevenidos. Se trata de planchar

las costuras que hemos hecho y de ver si están firmes, y hoy mismo debe quedar terminado este negocio. Courfeyrac, tú verás á los politécnicos: hoy miércoles es día de salida; Feuilly, tú verás á los de la Glaciere. Combeferre me ha prometido ir á Piepus; allí hay un excelente hormiguero. Bahorel visitará la Estrapade. Prouvaire, los masones se entibian; tráenos noticias de la lógia de la calle Grenelle-Saint-Honoré. Joly irá á la clínica de Dupuytren y tomará el pulso á la Escuela de Medicina. Bossuet dará una vuelta por la Audiencia y hablará con los escribanos. Yo me encargo de la Cougourde.

—Pues ya está todo arreglado, repuso Courfeyrac.

—No.

—Qué falta?

—Una cosa importantísima.

—Qué es?

—La barrera del Maine, contestó Enjolras, quedándose un momento absorto en sus reflexiones; luego añadió:

—En el portillo del Maine hay marmolistas, pintores y prácticos en los talleres de escultura. Son entusiastas, pero se enfrian con facilidad: no sé lo que les pasa hace algun tiempo; piensan sin duda en otra cosa y quizás por eso se entibian; pasan el tiempo jugando al dominó. Es urgente decirles algo, pero al alma. Se reúnen en casa de Richefeu y se les encuentra allí entre doce y una. Es preciso soplar en aquellas cenizas: habia pensado en que hiciese esto el distraído Mario, para lo que es á propósito, pero ya no viene. Necesito uno que vaya al portillo del Maine y no lo tengo.

—Pues y yo? preguntó Grantaire.

—Tú?

—Yo.

—¿Tú has de ir á adoctrinar republicanos? ¿Tú has de devolver el calor, no á los principios, sino á los corazones frios?...

—Y por qué no?

—Puedes acaso servir para algo?

—Empiezo á sentir una ambición vaga, repuso Grantaire.

—Tú no crees en nada.

—Creo en tí.

—Grantaire, ¿quieres hacerme un favor?

—Todos los que quieras; hasta limpiarte las botas.

—Pues bien, no te inmiscuyas en nuestros asuntos y bebete tus copas de ajeno.

—Eres un ingrato, Enjolras.

—¿Serías capaz de ir á la barrera del Maine! Serás capaz!...

—Soy capaz de bajar por la calle de Gres, de atravesar la plaza de San Miguel, de torcer por la calle del Príncipe, de tomar la calle Vaugirard, de pasar por los Cármenes, volver á la calle de Assas, medir la calle de las Viejas Tullerías, de tomar el boulevard, de seguir la calzada del Maine, de atravesar la barrera y de entrar en casa de Richefeu. Mis zapatos y yo somos capaces de todo esto.

—¿Conoces á nuestros camaradas de casa Richefeu?

—No mucho, pero nos tuteamos.

—Y qué les dirás?

—Pardiez! les hablaré de Robespierre, de Danton y de los principios.

—Yo! No quieres hacerme justicia.

Quando me encargo de algo lo desempeño muy bien. He leído á Prudhomme, conozco el *Contrato social*; sé de memoria la Constitución del año dos. "La libertad de un ciudadano termina donde empieza la libertad de otro ciudadano." ¿Crees acaso que soy un bruto? Conservo en el cajón de mi cómoda un antiguo asignado. Demonio! Conozco los derechos del hombre y la soberanía del pueblo. Soy, además, un poco hebertista, y puedo estar hablando seis horas, con reloj en mano, de cosas soberbias.

—Sé formal, le dijo Enjolras.

—Soy terrible, le respondió Grantaire.

—Consiento en ponerte á prueba. Irás al portillo del Maine á hablar con los artistas.

Esto dijo Enjolras despues de meditar algunos segundos y con el gesto del hombre que ha tomado una resolución.

Grantaire vivia en una casa de huéspedes muy inmediata al café Musain. Se fué de allí y volvió á los cinco minutos: habia ido á ponerse un chaleco á lo Robespierre.

—Rojo, exclamó al entrar y mirando con fijeza á Enjolras. Despues, con enérgico movimiento de mano, cruzó sobre el pecho las dos solapas de color de escarlata del chaleco.

Aproximándose al oído de Enjolras, le dijo en voz baja:

—Ten confianza en mí; desempeñaré bien tu comision.

Se puso resueltamente el sombrero y salió.

Un cuarto de hora despues quedó desierta la sala interior del café Musain. Los amigos del A. B. C. se fueron cada uno por su parte á cumplir su misión.

Enjolras, que se habia reservado la Cougourde, se marchó el último.

Los de la Cougourde de Aix, que estaban en Paris, se reunian en el llamo de Issy, en una de las canteras abandonadas que tanto abundan por aquella parte de Paris.

Mientras Enjolras se dirigia á dicho sitio, iba pasando revista á las circunstancias de la situación. La gravedad de los sucesos era visible. Cuando los hechos, precursores de una especie de enfermedad social latente, se mueven con pesadez, la menor complicación los detiene y los enreda; de este fenómeno nacen los hundimientos y los renacimientos. Enjolras descubria luminoso levantamiento tras los velos tupidos del porvenir, y acaso quizás que el momento estaba muy próximo de presenciar el hermoso espectáculo de que el pueblo reasumiese el derecho y de que la revolución volviera á tomar majestuosamente posesión de la Francia y de que dijera al mundo: Se continuará! Enjolras estaba contento: el horno se caldeaba. En aquellos momentos habia extendido una nube de amigos por Paris, y combinando en su imaginación la elocuencia penetrante y filosófica de Combeferre, el entusiasmo cosmopolita de Feuilly, la verbosidad de Courfeyrac, la risa de Bahorel, la melancolía de Juan Prouvaire, la ciencia de Joly y los sarcasmos de Bossuet, componia una especie de chisporroteo eléctrico que echaba fuego por todas partes, dedicándose todos á la misma obra. Todo iba bien y creia que el resultado corresponderia al esfuerzo. Esto le hizo acordarse de Grantaire.—Calla! se dijo á sí mismo, la barrera del Maine está casi en mi camino. Me llegaré hasta casa de Richefeu, veré dónde está Grantaire y qué es lo que hace.

Daba la una en la torre de Vaugirard cuando Enjolras llegó al fumadero de Richefeu.

Empujó la puerta, entró, cruzó los brazos, dejando cerrarse la puerta, que le dió en las espaldas, y miró en la sala, que estaba llena de hombres, de mesas y de humo.

Entre la bruma se oia una voz, á la que otra replicaba. Era la de Grantaire, que disputaba con un adversario.

Grantaire estaba sentado enfrente de otro hombre, al lado de una mesa de mármol sembrada de salvado y llena de fichas de dominó, y daba golpes en ella con el puño.